

UNA ORACIÓN SIN DIOS

Karima Ziali Itahriouan

UNA ORACIÓN SIN DIOS


ESDRÚJULA
EDICIONES
{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, marzo 2023

© Karima Ziali Itahriouan, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Carmen Álvarez

Diseño de cubierta: Noelia Cortés Oliva

Fotografía de solapa: Karen Vinueza Chávez (BROTEstudio)

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 534-2023

ISBN: 978-84-126838-6-8

Impreso en España · Printed in Spain

A mi madre que me ha querido con hierro y jazmín.

A mi padre, que lo más importante me lo dijo sin palabras.

Obrar contra las órdenes de Dios significa libertarse de la coerción, emerger de la existencia inconsciente de la vida prehumana para elevarse hacia el nivel humano. Obrar contra el mandamiento de la autoridad, cometer un pecado, es, en su aspecto positivo humano, el primer acto de libertad, es decir, el primer acto humano.

ERICH FROMM, «El miedo a la libertad»

Yo he visto a mi Señor por el ojo del Corazón.

Yo dije: ¿Quién eres Tú?.

Él me respondió: Tú.

AL-HALLAY

Morad abre los ojos. El despertador estalla en su cabeza. Tiene la sensación de que esa noche apenas ha dormido. Con un gesto automático adapta su mano al formato del móvil: detener alarma. El piso se mantiene en el silencio habitual de esa hora: Farida, en la cocina, prepara el bocadillo que Morad cogerá antes de salir. Lo unta bien de tomate y extiende una lata entera de atún que rebaña con una cuchara, ignorando los límites del pan. De fondo, los coches somnolientos del vecindario arrancan casi al unísono en su carrera hacia el trabajo.

El espejo devuelve a Morad unos ojos marrones abrumados por una mirada ojerosa. «A Jordi le gusta mucho la fiesta», piensa, y observa su cicatriz en forma de *V* sesgando su pómulo derecho. La inspecciona con su dedo índice. Se acuerda del día que a su primo Hassan le dio el arrebató con la plancha. Después de ese incidente, regresó a Beni Sidel cuando un médico escribió en el informe la palabra *esquizofrenia*. «Tengo que dormir, joder...estoy *reventao*», resopla y se echa agua en la cara para espabilar. La imagen de su amigo Jordi tendido sobre la alfombra, rodeado de botellas de ron y vodka, le recuerda que hace apenas cuatro horas cantaba junto a él una canción, cualquier canción.

Se abrocha los vaqueros y busca debajo de su cama las zapatillas negras. A Bernat, el encargado, no le valían las blancas que tenía; tuvo que pagarlas de su bolsillo si quería trabajar ahí. «La empresa no se hace cargo de estos gastos», le dijo con sus ojos de rana que saltaban inquietos hasta aterrizar sobre el montón de pelo rizado, ondeante y desordenado de Morad. Bernat lo contrató, pensando que quizás se curaría de su calvicie si lo mantenía cerca. «Empiezas mañana», corroboró y le extendió la camiseta corporativa con un gesto de desdén.

Delante de la mesa, se hace hueco entre los restos del *sahur* para saborear rápidamente su café, antes de que ingerir cualquier cosa suponga perder todo el día de ayuno. El móvil no para de emitir señales de vida. Con un ojo en la taza humeante y el otro en la pantalla, Morad lee el parte fiestero que Jordi le ha dejado a las tres de la mañana. «Joder... el tío se la ha follado». Se detiene en los detalles íntimos de una noche borrosa, se da cuenta de que sus intestinos se mueven al ritmo de la lectura. Aterriza sobre el inodoro con la pantalla que le sigue interpelando. Piensa en Sandra y se la imagina con el culo en pompa mientras Jordi la penetra por detrás. Deja el móvil en el suelo y se concentra. Cierra los ojos un segundo, esboza una mueca estática que le deforma la cara. Se toma su tiempo, toma aire y deja que un suspiro leve escape por su boca. La fiesta de ayer, la repetición eterna de todas las fiestas. Como venía siendo habitual en ese tipo de conmemoraciones a la vacuidad, Morad iba a lo suyo. Mareado por el alcohol suministraba conversaciones aquí y allá, como si cada rostro fuera el auténtico destino de sus discursos diletantes.

Una segunda alarma salta acompañada de una música insistente e insoportable. Detiene su mirada en el reloj. «¡Mierda!».

Tiene que despegar. Se lava las manos, y se moja el pelo surcando sus dedos húmedos por cada rizo encrespado. Una mirada a la izquierda, otra a la derecha. Sus ojos evitan encontrarse consigo mismo. «¡Rápido!». Sale del baño dando grandes zancadas que hacen crujir el suelo. Cruza su mirada con la de su *yemma*, Farida, que prepara su ropa para el *salat*. Como si las prisas hubieran desaparecido, observa las manos firmes de Farida, callosas y regordetas, deslizándose con suavidad entre la tela azul marino que cubre su cabeza y cae hasta sus pies en un gesto dulce y apacible. «Hijo, ¿cómo no te has levantado para el *sahur*?», le dice con su voz tranquila. Por un momento, tiene la sensación de que no debe mirarla y muy a su pesar, piensa que asiste a una especie de desnudez a la inversa a la que no está invitado a asistir. «¡Corre, joder!».

Carga su mochila al hombro y recoge el bocado que su querida *yemma* ha acolchado entre servilletas y blindado en papel de aluminio. Por mucho que le repita que puede comer en la cafetería, que está incluido en su salario de mileurista, y que alguna ventaja debe tener trabajar ahí, Farida insiste: «¡No compares mi comida con la suya!, ¿por qué vas a comer fuera si hay comida en casa?». Morad le planta un beso en la frente y le dice que volverá a la misma hora de siempre. Sabe que no puede irse sin depositar en ella la tranquilidad que su *yemma* le exige en silencio. Cierra la puerta y escucha de fondo el reloj Akozon que, a fuerza de pila, emite la voz enlatada y aguda del muecín electrónico alentando la oración al dios de los inmigrantes.

Baja por Àngel Guimerà. Saluda a Said, el hijo del carnicero, con el que tiene un asunto pendiente. Aprieta los dientes y disimula su herida. Desciende a toda velocidad por las

escaleras en dirección el parque. El sol todavía no ha salido, pero una luz blanquecina empieza a separar la noche del día. Morad nota un escalofrío y su piel erizándose debajo de la ropa. Siente que se acostumbra a ese horario. Un perro enorme se dirige hacia él, frunce el ceño y se aparta de su trayectoria. Le echa una mirada de desagrado a la mujer que sostiene su correa sin perro. Nunca le han gustado los perros ni las mujeres con perro.

En la estación, la megafonía anuncia el tren dirección Barcelona. A un minuto de la salida Morad busca el bono en sus bolsillos. Luz verde. Corre e intenta ralentizar el tiempo acelerando el paso. Salta al vagón y las puertas se cierran detrás de él. «Mañana salgo más temprano», respira aliviado y se sienta al lado de la ventana. Hoy se ha salvado de la bronca de Bernat. Morad intuye que a Bernat le encanta que llegue tarde; así puede dejarle claro quién manda ahí y por qué luce camisa blanca y corbata, y Morad jeans negros y camiseta color crema con el logo de tres hojas junto al nombre de la empresa: *Maurus*. Sí, el primer día le pareció una broma: un moro trabajando para una empresa llamada *Maurus*. Quizás Bernat solo le contrató porque le debía parecer graciosa la imagen, aunque Morad duda de la inteligencia de un hombre que halla la felicidad en esa pequeña parcela de poder.

Recuerda el día que se encontraron en el FNAC. Iba con su mujer que empujaba un carrito de recién nacido. Sus ojos se toparon y, a pesar de la mascarilla, se reconocieron. Morad lo siguió con la mirada, Bernat la giraba en una dirección confusa y atolondrada. «¿Qué hará este moro comprando libros?», pensaría Bernat al verle frente a una sección desconocida para él. Esperaría como un muñeco de paja, hasta que su mujer se decidiera por unos libros de inglés para bebés plurilingües.

Morad lo observaría desde la seguridad que le confiere el poco sentido de la vergüenza que le despiertan las personas como Bernat: hombres maniatados por el coño de una mujer.

Ese día Morad compró el libro que Domènech, su profesor de filosofía, le había recomendado: *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm. «¿Tienes miedo de ser libre?», le preguntó Domènech en medio de una clase raramente callada. Tarik, su compañero de clase, estalló en una carcajada incontenible, casi se atraganta con la tela de la mascarilla que se le metía en la boca. El espectáculo hizo que saltara por los aires el ambiente de interés que Domènech siempre despertaba entre los alumnos con sus preguntas incisivas. En Morad, sin embargo, el interrogante aterrizó punzante, como un artefacto desconocido cayendo del cielo que se adhiere sobre la tierra de forma violenta. La pregunta permaneció ahí, como si hibernara, azuzándole cada vez que el mundo se le echaba encima con sus paradojas absurdas.

Morad no lo sabía, pero aquel día que empezaba era el deshielo que precipitaría el despertar de una respuesta. «*Propera parada, Estació de Sants*». Despeja su mente y se pone de pie. Distráido por el sueño que se cierne sobre él, se dirige como un sonámbulo hacia el andén número doce donde debe hacer transbordo para coger el tren que lo llevará hasta su trabajo. Un grupo de chicas con mochilas a sus espaldas esperan el mismo tren que él. Morad las escruta sin mucho disimulo. Apoyado en la pared, repasa las piernas largas y blancas de una de ellas. «Son holandesas fijo», sentencia Morad. El tren dirección al aeropuerto corta su estado de hipnosis. Espera a que ellas suban primero. Él irá, sigiloso, detrás.

Estratégicamente, toma asiento frente a su musa de mármol. Pantalones cortos, ceñidos, sosteniendo su culo redondo y bien

surtido de carne, que reposa sobre el asiento, abarcándolo con toda su amplitud. A Morad le cuesta dirigir la mirada hacia otro lugar, ni tan siquiera sus pechos prominentes, que vibran al ritmo del traqueteo incesante del tren, lo distraen de la imagen pomposa y circular de su trasero. Es ese el lugar que aparece en sus sueños, siempre como un paraíso oscuro, de paredes estrechas, que lo succionan hacia dentro. Tan solo existe otro lugar que le produce una sensación de locura transitoria similar: la boca. Morad tiene una frase que comparte con sus colegas cada vez que una tía les quita el sueño a todos: la boca es el coño de la cara. Si quieren saber cómo es el coño de una tía, tienen que observarle la boca. «¿Cómo serán los labios de la holandesa? Quizás gordos, suaves, calientes». Morad siente que se le va la cabeza. «Jordi y su vodka..., joder, nunca más».

Separa la vista de la vikinga. Busca en su mochila los auriculares que enseguida lo trasladan a un mundo en el que a veces quiere perderse y del que no quiere volver. Cierra los ojos. Transita el umbral atemporal que habita entre el sueño y la realidad. Es un momento dulce, apacible, parece que nada ni nadie pueden agredirlo. Morad deja que la gravedad arrastre su mandíbula hacia abajo. Babea y ronca. Sus manos sujetan su frente que indecisa se tambalea hacia delante.

Mientras tanto, en casa, Farida hace rato que ha recogido la ropa que su Morad ha esparcido por el suelo de su habitación. Respirará el olor a tabaco y alcohol que se ha pegado a las fibras de la camiseta de algodón, se dirá a sí misma que son cosas de chicos y que desaparecerán cuando se case con Ikram, la hija de su hermano, por la que lleva tiempo suspirando para que se convierta en su nuera.